

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON MANUEL VILLAR RASO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 2 DE FEBRERO DE 2004

GRANADA

MMIV

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr- 25/2004  
*I.S.B.N.:* 84-933014-7-7

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

# Fantasmas de Granada

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y señores:

**Y**O le conocí personalmente. El último fantasma granadino en ejercicio, que se sepa, fue un maestro barbero llamado Paco, alias el tres huevos, establecido en el barrio del Matadero y avecindado en la calle Rejas de la Virgen. Paco se ganó el apodo cuando mozuelo, con motivo de la orquitis de garabatillo que le supuso el recalentamiento del aparato reproductor, cuando bailaba un fox lento, o sea amar-telado, con la Encarni; su novia formal entonces, y que luego sería doña Encarnación, su santa esposa y sufrida madre de nueve hijos, sin contar los cuatro abortos, que trajo a este puñetero mundo. Y eso que se le retiró el periodo, a los 32 años, por causa de la rebotación que les dio su Paquito, el más chico, cuando se ahogó pillando ranas en una poza del río Dauro, por Jesús del Valle, porque si no, parece que lo estoy viendo, Paco, que era muy hombre, le mete en la barriga otros nueve niños, juntando la docena y media. Y hasta les hubiera recibido el Generalísimo Franco, en el Pardo, para entregarles el premio gordo de las familias numerosas.

Digo que Paco, el tres huevos, último fantasma granadino, fue un experto y aseado maestro barbero. Aficionado al cante flamenco y a la recría del canario flauta. Volteriano y agnóstico, desde el preciso instante en que, siendo él un chavea, por no saberse las bienaventuranzas, o algo así, el cura párroco de San Bartolomé le endiñó un guantazo en la oreja izquierda, que ya la tenía bastante escachifollada de

antemano, por los sabañones, dejándolo medio sordera para los restos.

Resulta que yo conocí a Paco, el tres huevos, ya viudo, abandonado por los siete hijos que le quedaban, cegato y temblón, convertido en un viejo cascarrabias empeñado en conseguir el cruce de un loro verde brasileño con una paloma mensajera murciana, en la confianza de obtener un raro pájaro mixto, que diera los recados a domicilio y de viva voz. Pero el lorito, según se desprende de sus infructuosos resultados, le salió rana, o sea mariquita, y aunque la paloma parecía más puta que una gallina pitirra, el pobre Paco, tras sus denodados e inútiles esfuerzos por emparejarlos, se murió de un berrinche, inmediatamente después de comerse al loro, con arroz caldoso, soltando a la paloma, sin lograr aquel maravilloso invento, que hubiera resuelto el asunto de las comunicaciones inalámbricas, por vía aérea y servicio puerta a puerta. Otros aseguran que el viejo barbero, presa de un ataque de locura, se tiró por el Tajo del Pollero, en el Avellano, matándose sin despedirse de nadie.

Como les iba diciendo, Paco, el tres huevos, fue, a tenor de sus propias declaraciones, el último fantasma, en funciones, que registran los anales históricos granadinos. -Mire usted, -me decía en el patinillo de su casa, mientras trataba en vano de que el loro se ventilara a la paloma-, la última vez que yo me vestí y actué de fantasma, en la vía pública, fue por el mes de noviembre de 1952. Hace veinticinco años. Qué barbaridad. Me acuerdo como si fuera ayer. Yo salí por encargo de don Baldomero Valdivieso. Un tío farfolla. Todo hay que decirlo. Con una malafollaíca de pronóstico reserva-

do. Y que regentaba una droguería por la placeta del Boquerón. Este caballero se estaba beneficiando, ya me entiende usted, a la mujer de un chofer, vecinos del Albaicín.

Con tal motivo, y a tales efectos, yo me aparecía por la calle de San Luis, cruzaba la placeta del Conde, que ese era mi recorrido, y me paraba en el Aljibe de la Vieja, debajo de la farola. Y allí soltaba yo algunos lamentos, mismamente como si fuera a salir por soleares, meneando, así, el farolillo lo mismo que un incensario. Y no vea usted la que se liaba. Todo el mundo encerrado en su casa. Cagaícos de miedo. Las mujeres, rezando a las ánimas benditas y encendiendo mariposas para los santos. La gente menuda, debajo de la mesa camilla, lloriqueando y comiendo boniatos. Los hombres estaban en las tabernas. Entonces era cuando don Baldomero llegaba liado en su capa española, embozado y con el sombrero alicaído, que imponía verlo así, y se colaba de rondón en casa de la Mati; que era como se llamaba la susodicha. De manera que allí dentro, ya se lo puede usted figurar, la pareja lo tenía que pasar divinamente. Claro que la Mati era mucha carne para el arroz de don Baldomero. Menuda hembra. Y conste que se lo digo a usted con conocimiento de causa y efecto. Pues nada, que mientras ellos se revolcaban a su gusto, yo montaba guardia en la esquina. Y por allí no pasaba ni Dios. Garantizado. Que se lo digo yo. Al otro día me dejaba caer por la tienda. Muy buenas, don Baldomero. Toma, Paco. Y me entregaba los quince duros, mis honorarios, metidos en un sobre. Con disimulo, para que no se diera cuenta el dependiente, Frasquito, que era un chivato, meapi-las, y podía buscarnos una ruina. Quince machacantes, don José. Lo estipulado. Aquello era un dinero. Mire usted, yo he

llegado a cobrar, por vestirme y actuar de fantasma, hasta siete pesetas. Pero eso fue mucho antes. Por los cuarenta. Que fueron los años de las hambres imperiales, los fríos siberianos y el piojo verde. España una, grande y libre. La madre que los parió.

Lo que pasa, digo yo, un suponer, es que mi compadre Manolico, que yo le saqué de pila a su Merche, me dijo un día: -Mira, Paco, yo también me voy a meter a fantasma. Coño. Que me apetece. Y a ver cómo se me da. Mi compadre Manolico era cañero, y azufraba las parras, pero le tenía afición a las apariciones. Era muy fantasioso. Y por eso quiso probar a vestirse de fantasma. Pero sin cobrar. Por gusto. De aficionado. Lo malo es que el hombre propone y Dios dispone. Escúcheme usted. La primera noche que el Manolico se vistió de fantasma, para salir por la calle Ladrón del Agua, allí por la placeta de las Minas, por donde cae el carmen de los Acostas, qué barbaridad, lo que son las cosas de la vida. Pues nada. Y fíjese usted, don José, porque lo que yo le digo es más cierto que la luz que nos alumbra. Pues que lo trincó el querido de una costurera, María, la agujetas. Un pedazo de mujer como para perder los cinco sentidos por su cuerpo. Total, que el tío, de oficio carnicero, y que estaba más escamado con la gachí que un pavo oyendo una zambomba, le arreó a mi compadre una paliza que lo dejó como apollardao desde entonces. Y con unos dolores, aquí, por semejante sitio, que no se le quitan ni rezándole a Fray Leopoldo de Alpanseire. Oiga usted. Y eso que hace de todo esto que le estoy contando por lo menos treinta años. Como que todavía no se había ahogado en el río mi Paquito. Angelico. Qué lástima de criatura. Ya estaría hecho un hombre.



Pero quien puede decirse, propiamente, que acabó con los fantasmas del Albaicín fue el sargento Colomera. Me cago en la leche. Perdona usted, don José, pero es que había que tenerlos más gordos que el caballo del Espartero, para salir de fantasma por el callejón de las Monjas, o por las espaldas de San Nicolás, o por la placeta de la Charca, por cualquier sitio, y encontrarte de pronto y de frente con don Antonio, que así se llamaba aquel imponente ejemplar de la benemérita. Como una aparición. Y aquellos bigotes, tiesos. Como para darle un susto al miedo. Yo creo, como le digo, que después de mi salida, aquella noche de noviembre de 1952, fecha que no olvidaré mientras viva, por los motivos que le expondré más adelante, si tiene la paciencia de seguir escuchándome, no ha vuelto a salir ningún fantasma, fetén, o sea en plan serio, ni por el Albaicín ni por cualquier otro barrio granadino. Lo del Colomera fue una cosa sin parangón. Lo que no está en los escritos. Porque si te pillaba in fraganti, igual le daba por llevarte al cuartelillo de los Mascarones, te metía en el cuarto de las almejas y te daba un repaso, cosa fina, que te dejaba más suave que un guante de seda. O lo mismo te obligaba a presentarte delante del guardia de guardia, valga la redundancia, con tu atuendo de fantasma, todos los sábados por la tarde. Y te soltaba el lunes, al amanecer, con la fresca. Las cosas del Colomera, don Antonio.

Como le iba diciendo, y aunque esté mal que yo lo diga, lo de los fantasmas albaicineros me lo sé como nadie. Y viene de muy antiguo. Yo creo que desde el tiempo de los moros. O antes. La gente decía que si eran almas en pena, que venían del otro mundo para pedirnos que rezáramos por ellas, y las sacáramos del Purgatorio. Ni hablar del peluquín, don José. Paco,

el tres huevos, servidor de Dios y de usted, liado en una sábana de matrimonio, abriéndole paso al enano follarín de don Baldomero Valdivieso. Que era un malafollá, de acuerdo, pero que pagaba a tocateja, religiosamente. Lo uno no quita lo otro.

Líos de faldas, cuestiones de cuernos, abortos y asuntos por el estilo. Porque la jodienda no tiene enmienda. Qué le voy a decir yo que usted no sepa. Yo mismo, aquí donde usted me ve, que parezco un colorín, tuve a mi Encarna, que en paz descanse, a carga y descarga. Dale que te pego. Hasta que se le retiró el periodo, por lo del disgusto de mi Paquito. Que si no, le hago seis o siete niños más. Y me retrato con el Caudillo. Vaya que si me retrato. Porque el folleteo es el entretenimiento de los pobres. Me cago en la madre que parió al loro este de mierda. Nada, que no hay manera de que me pise a la paloma. Me tiene frito.

A lo que íbamos. Ya le digo a usted. Asuntos de tapadillo. Y carnicerías de matute. O sea, cuestión de mataderos clandestinos. Que entraban por un portal dos o tres burros viejos, de desecho, o un par de marranos, de aquellos que se morían con lo de la peste porcina. Y al día siguiente salían convertidos en tres kilómetros de longaniza achorizada. Y era entonces cuando aparecía el fantasma de turno y despejaba aquellos andurriales. Para evitar miradas indiscretas. Que la gente es muy curiosa y tiene la lengua larga. Con razón, por aquellos entonces, alguna buena mujer llegó a comentar, en la droguería del Pepico, o en la confitería del Pasteles, que por la placeta de la Albaida salía un fantasma que parecía un burro. O un marrano. Dicho sea con perdón, y sin ánimo de ofender a nadie que pueda darse por aludido.

Otros, como ya le dije, se vestían de fantasma por gusto. De cachondeo. Por una apuesta. Borrachos. O por venganzas, entre vecinos que estaban peleados. Yo, no señor. Yo siempre fue por encargo. En plan profesional, y cobrando lo que valía el servicio. Me acuerdo de una vez, que me vestí de fantasma para cumplir un trabajillo que me salió. Un compromiso. Me parece que era por la calle de la Tiña. Para un fulano que quería espantarle el pretendiente a su niña; que se había encaprichado, la puñetera, con un chuleta de la calle Real. Un andobas sin oficio ni beneficio. Pues nada, que cuando bajaba yo por la plaza de San Miguel Bajo me encontré con otro fantasma, que venía por la Cruz Verde. Y que se infiere que iba para las Atarazanas. Hacía una noche de frío que se meaba la perra, de manera que nos metimos en la taberna de Granizo, por la cuesta de Maria la Miel. Entonces había gracia. Y allí nos encontramos con unos señores de allá abajo, de la capital. Gente gorda. Influyente. Y con ganas de pitorreo. Nos liamos a descorchar botellas de Montilla y Jerez. Y terminamos en el carmen de doña Luisa; que era el picadero de la gente bien de Granada. Con tres niñas que nos trajeron. Y un cantaor, el guitarrista y los palmeros. Y en esto que llegó el señor alcalde, una bellísima persona, sin atrasarlo a usted. Con unos señores de Madrid. Altos cargos del Gobierno. Y llegan y dicen que está todo pagado. Y nosotros dos vestidos de fantasmas. Entonces había gracia, don José. Pasamos más hambres que Carracuca, pero nos moríamos de risa. Oiga, lo más grande. Botellas de marca. Platos de jamón. Pollos con ajos. Gloria bendita. Y otras tres o cuatro pelanduscas, que daba gusto verlas. Y una bailaora. Y hasta un tío, algo sarasa, que recitaba poesías. Dos días de juerga. Sin parar. Todo lo que yo le

diga será poco. Que no se me olvida. Como que cuando volví a mi casa, un lunes por la tarde, la Encarna, que Dios tenga en su gloria, me arreó con la paleta del brasero, aquí mismamente, en la coronilla, tiente usted, dejándome traspuesto. Más muerto que vivo. Catorce puntos me echaron los del Clínico. Que se dice muy pronto. Entonces había gracia repajolera. Y no ahora, que la gente está apollardaíca viva.

Y ahora que caigo. Y por lo que usted me dice. Pues claro que yo conocí a su abuelo. Don José. Un caballero. Y no lo digo porque esté usted delante. Un día fue y me dijo: -Mira, Paco, resulta que a mi señora le están robando las gallinas. Se deduce que alguien de por aquellos alrededores saltaba por la noche las tapias del huerto, y en menos de una semana ya le habían mangado a su señora abuela, doña María de la Capilla, una santa, que se le caían las manos dando limosnas, digo que le habían sustraído media docena de gallinas ponedoras, y una pava hermosísima, que estaba criando para la Pascua. Mira, Paco, me dijo su abuelo, vamos a ver cómo arreglamos este estropicio. Eso está hecho, don José. Por la gloria de mi Paquito. Y me vestí de fantasma, dándome un garbeo por el callejón del Blanqueo Viejo, la calle del Conde, la placeta de las Tres Estrellas, en fin, por los alrededores del carmen donde vivía su familia. Y los ladrones desaparecieron como por arte de magia. Medicina santa. Lo que yo le diga a usted. Vamos, que no volvieron a aparecer por aquellos andurriales. Cincuenta pesetas le cobré yo a su abuelo por la faena. Él quería darme dos duros más, por lo agradecido que me quedó, pero yo le dije que eran diez duros y que no se hablara más del asunto. Entonces me regaló un puro habano, de los buenos, y como yo no he fumado nunca, por esta bron-

quitis crónica que padezco, y que la pillé actuando de fantasma (gajes del oficio), pues se lo fumó mi compadre Manolico, que estaba enfermo del pecho, o sea tuberculoso, y le daba igual morirse hoy que pasado mañana.

Bueno, tampoco se sabe a ciencia cierta si en esto de los fantasmas intervino alguna mujer. Yo creo que la cosa era, y siempre lo fue, propia de hombres. Porque te exponías a que te saliera un fulano atravesado, alguien con mala leche, y te endiñara una paliza. Como ya le digo que le pasó a mi compadre Manolico, la primera y última vez que se vistió. Y que desde entonces no está bien el hombre de la cabeza, y anda medio cojitranco. Lo suyo fue mala suerte.

También le diré que una vez parece ser que apareció un fantasma algo raro. Como si fuera una loca. Salía liado en una colcha de raso granate, con los flecos rizados, y oliendo que apestaba a Maderas de Oriente, en vez de a orines de gato, o bolillas de alcanfor, como estaba mandado y era lo corriente. Las vecinas del barrio comentaban que se trataba de un importante señorico granadino, gente de postín, de buena familia, con un ramalazo de aquí te espero, un mariconazo vamos, que a lo mejor se divertía de tal manera, asustando al vecindario, al tiempo que se entendía con un peluquero de señoras, también de la cáscara amarga, un parguela, que vivía por aquellos callejones. Ya le digo que para una mujer, salir de fantasma era algo muy expuesto. Así es que me quedo con la versión del sarasa aquel, que olía a Maderas de Oriente. Como mi tía Isabel. Y a propósito; este loro es más maricón que un pato cojo. Maldita sea su estampa.

Yo le puedo asegurar a usted que la mayoría, por no decir la totalidad de los fantasmas, sobre los que tengamos noticias fidedignas, fueron oriundos del Realejo. Principalmente serenos o barrenderos, contratados o por cuenta propia. Con la excepción, que confirma la regla, de algún que otro afilador ambulante de la calle Elvira. Sí señor. De la calle Elvira salieron también muy buenos fantasmas. Y en su tiempo fue muy celebrado aquel que dieron en llamar el fantasma de la Casa de Paso, que caía por la cuesta de Rueda Bolas. Un fantasma que salía a la calle, a media noche, rodeado por quince o veinte gatos luneros. Con la particularidad de que en vez del farolillo de aceite, reglamentario, llevaba una linterna sorda de pilas. Luego se supo que estaba liado con una viuda de buen ver, y mejor palpar, descubriéndose el pastel porque una noche de crudo invierno, que hacía un frío de tres bajo cero, parece ser que mientras el fantasma esperaba tiritando a que la gachí le diera puerta, haciéndole la señal convenida desde su ventana, el hombre se metió en el cuerpo una botella de Machaquito, tripleseco, pillando un lobazo que se cayó en una zanja, porque entonces estaban con lo de las aguas potables, y amaneció allí mismo, escarchado, más tieso que la mojama, muerto y liado en la mortaja de su propia sábana. Y con todos los gatos del barrio lamiéndole las orejas. Por lo que respecta a la viuda, se supone que cambiaría de fantasma, que nunca falta un apaño para cada necesidad. Y aquí paz y arriba gloria. Qué desengaño de vida.

Historias de fantasmas, referentes a cuestiones de faldas, y amores de contrabando, las tengo para todos los gustos. Y disgustos; porque los habría, y gordos, si yo contara con pelos y señales, dando nombres y apellidos, las de algunos, y

algunas, que yo me sé. Y que me reservo por el momento. Como la de aquel fantasmón, disfrazado de poeta romántico, que se colaba en casa de un señorito, ventilándose a su señora esposa. Y recitándole madrigales debajo de un piano, mientras ella tecleaba a Chopin, después de tocarle el órgano al fogoso vate afantasmado. El cual, de paso, y para mayor escarnio del cornúpeta, se bebía su coñac, de marca, y se fumaba sus puros montecristos, sin la menor contemplación ni el más mínimo respeto. Un caso. Ya sabe usted, don José, que Granada es una tierra de poetas y de fantasmas, que vienen a ser lo mismo.

Lo que sí tuvo mucha gracia, aunque, bueno, aquello pudo acabar en tragedia, fue lo que ocurrió, hace ya muchos años; como que no había conocido yo todavía a mi Encarna, que Dios la haya perdonado. Más buena que el pan bendito, una santa, pero qué coñazos me daba. La historia es como sigue: Parece ser que una noche invernal, más negra que la panza de un grillo, como suele decirse, a eso de las dos o las tres de la madrugada, lloviendo a cántaros, igual que cuando enterraron a Zafra, le dio un jamacuco, o sea un ataque al corazón, pero gordo, a un señorito que vivía en un carmen albaicinerro, por la parte del Arco de Fajalauza. La familia del enfermo, gente muy religiosa, avisó rápidamente a su director espiritual para que le asistiera en tan apurado trance. El confesor era un dominico residenciado, como es natural, en el convento de la Orden, allá por el barrio del Realejo, y el buen hombre, a pesar de la noche que hacía y de la hora que era, salió disparado hacia el Albaicín, dispuesto a cumplir su sagrada misión. Esto es histórico, don José, aunque parezca que me lo estoy inventando. Pues mire usted por dónde la

subida del fraile al barrio morisco coincidió, justamente, con la decisión de un grupo de vecinos, de por allí, resueltos a cazar un fantasma que por aquellas fechas tenía acojonado al personal. Las cosas de la vida. El venerable religioso, un hombretón fornido y de aventajada estatura, con su hábito y encapuchado, subía por la cuesta de San Gregorio el Alto, alumbrándose con una linterna, cuando al doblar una esquina se encontró, aterrorizado, con que se le venía encima una patulea de energúmenos, blandiendo gallúos y garrotas, y que vociferando “por ahí viene”, “que no se escape”, “vamos a endiñarle”, “maricón el último”, y cosas así, se abalanzaron sobre aquel santo varón, al que habían confundido con el fantasma que ellos buscaban, el cual, arremangándose los faldones del hábito, salió, a todo gas, por la calle de San Luis abajo, cuesta del Chapiz y Carrera del Darro, perseguido por el enardecido populacho, batiendo todos los récords mundiales de velocidad pedestre, hasta que llegó, exhausto, a plaza Nueva, donde tuvo la suerte de tropezar con un sereno, cuya autoridad le salvó de sus perseguidores, empeñados en apalearlo y remojarlo en la fuente. Ya le digo yo a usted que hacía falta mucho valor para salir vestido de fantasma por aquellas alturas. Gente brava, sí señor, los albaicineros. Que, por cierto, cuando lo de la guerra civil española del 36 se resistieron, sin armas, tres días con sus tres noches, a los fascistas. Que tiene tela la cosa.

En mis buenos tiempos, le estoy hablando de los años cincuenta, el centro neurálgico, digamos, de concentración y contratación de los fantasmas, o espantos, como también se les conocía, pero menos, estaba en el portalillo de un relojero, por una bocacalle de la plaza del Realejo. Allí se reunían



los fantasmas, de paisano, claro, para contarse sus respectivas andanzas, mientras se bebían unas copichuelas, a la espera de que llegara alguien para encomendarles algún trabajo. Preferentemente por la parte del Albaicín, ya digo, que era el barrio donde la gente bien de Granada, apellidos ilustres y nuevos ricos, colocaban a sus querendongas, o entretenidas, lejos del mundanal bullicio de la Puerta Real. Y en el taller del tío Joseico, el alicates, que así se llamaba y apodaba el maestro relojero, escuché yo la historia, que no le puedo garantizar, de que una noche, cuando estaban reunidos, de tertulia, en la Acera del Casino, a la puerta del Centro Artístico, un grupo de intelectuales, ya sabe usted, gente de letras y artistas de aquel entonces, comentando, mientras se tomaban unos refrescos, que por el Albaicín salía un fantasma, y que si lo habían visto por la placeta del Cristo de las Azucenas, allí por el aljibe del Rey, por donde ahora está la comisaría de policía, pues resulta que entre aquellos escritores y pintores, según mis referencias, se encontraba nada menos que el gran poeta Federico García Lorca. El cual, de pronto, dijo que se iba a su casa, porque ya eran más de las once y al día siguiente tenía que madrugar. Y se fue. Pero a eso de las dos de la madrugada, o cosa así, lo vieron aparecer, por la Puerta Real, por donde ahora está el edificio de Correos, con el fantasma del brazo. Y con una borrachera, los dos, como un piano de cola. De donde se infiere, según yo recapacito, que el poeta se fue al Albaicín, en busca del fantasma, y que se lo encontró, y que se hicieron amiguetes, yéndose de copas por aquellas tabernillas. Y que luego se lo bajó al centro, con la sábana liada al cuerpo, canturreando al unísono lo del vino que tiene Asunción, para presentárselo a sus contertulios, que los recibieron con aplausos y vítores.

Qué quiere usted que yo le diga. A mi no me extrañaría, porque entonces había gracia en Granada. Y no como ahora, que parece como si a todo el mundo le dolieran las muelas o le apretara el zapato por los juanetes. De Federico se dice que era la mar de divertido e imprevisible. Como me lo contaron se lo cuento. Claro que lo mejor sería que se lo pregunte usted al señor Chipson ése, que sabe más que nadie sobre el poeta. Aunque otros sepan más y se lo callen. Los muy putos. Oiga usted, que no hay manera de que el loro este le eche la pata encima a la paloma. Nada, que me ha salido rana. De la biomba, vamos. Del Brasil me lo mandó un sobrino mío que se fue a Pernambuco. Pues ya lo está usted viendo. Dos años los tengo encerrados, juntos en el jaulón. Me cago en los mengues. Pues como no me la pise, por éstas que me lo como con arroz. O frito con ajos.

Bueno, ya le digo que yo me metí en esto de los fantasmas más bien por encargo de don Baldomero Valdivieso. Un tío pejiquera, medio tartajoso, que se dedicaba al estraperlo de la penicilina. Pero que pagaba a tocateja y sin discusión ninguna. Todo hay que decirlo. Por cierto, yo creo que la droguería era la tapadera del otro negocio, el de la penicilina, que la traían de Tánger, lo mismo que las medias de cristal y los relojes japoneses. Don Baldomero tenía la querida por una bocacalle de la placeta Aliatar, por la calle de Yanguas. Ella era la mujer de un chofer que llevaba viajeros a la costa. La Mati. Una tía de bandera. Oiga usted, una exageración. Una mujer para buscarse la ruina. Eso sí, mucha hembra para cualquiera. Lo que me queda por decirle a usted, es que cuando don Baldomero salía folllaíco vivo, nunca mejor dicho, para su casa, yo me metía en la cama con

la Mati, que me la encontraba a punto de caramelo y dispuesta a cepillarse un regimiento. Y así mismo nos pilló, la noche del día 13 de noviembre de 1952, fecha que no olvidaré mientras viva, el propio don Baldomero, cuando de pronto se presentó allí, de vuelta, porque con las prisas se le había olvidado ponerse la camiseta de canutillo que solía llevar, y no era cosa de llegar a la casa diciéndole a doña Gloria, su esposa, que la había perdido en el Liceo, jugando al dominó. Pues mire usted por dónde nos sorprendió en plena función, que no nos dimos cuenta de su presencia hasta que lo tuvimos encima. El hombre se puso hecho una furia, como ya se puede usted figurar, cagándose en lo más sagrado. Oiga usted, qué boca la de aquel señor de comunión diaria. Pero como no podía armar una escandalera, por los vecinos, no sé si me explico, el tío la tomó con mi sábana, que estaba colgada de una percha, y que la hizo tiras, a bocados, que casi se la come. Trincó la camiseta y salió echando chispas por la Cuesta del Chapiz abajo. Y allí, y en aquel preciso momento, se nos acabó el negocio y el folleto, tanto a la Mati como a un servidor. La cosa es que sabiendo que el fulano tenía una llave de la casa, que se la dio la Mati, no tuvimos la precaución de echar el cerrojo, por dentro. Y lo peor de todo es que ya no volví a comerme aquellos bocadillos de lomo, con pan blanco, que me apañaba la Mati. Y los ponches, con tres huevos, que me aviaba, echándoles un chorreón de coñac. Toma, niño, me decía, que te lo tienes ganado, campeón. Era una fiera, aquella mujer en la cama. Sin atrasar a nadie, don José, pero yo me he tirado muy buenas hembras. A lo tonto, a lo tonto.

Yo ya no tengo ánimos para vestirme de fantasma y salir

a la calle, porque me expongo a romperme la crisma contra una esquina, o a que me deslomen los mozuelos del barrio.

Y a ver si nos vemos otro día para que yo le siga contando a usted todo lo que a mí me parece que debe saberse sobre los espantos de Granada. Una histórica ciudad que por obra y gracia de sus más ilustres fantasmas se está convirtiendo en una fantasmagoría. Continuará.

JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA  
(Granada, 1929)

José G. Ladrón de Guevara nace en Granada el día 5 de junio de 1929. Funda y dirige, con Rafael Guillén, la colección “Veleta al Sur”. Pertenece al grupo “Versos al aire libre”. Colaborador de los periódicos granadinos *Ideal*, *Patria* y *Hoja del lunes*. Participa en las Jornadas granadinas en la UNESCO, París. Organizador, con otros escritores, artistas e intelectuales granadinos, del primer homenaje público a Federico García Lorca en Fuente Vaqueros. Colabora en la redacción de la “Enciclopedia de Andalucía”. En 1979 es elegido senador del PSOE por Granada, y reelegido en dos legislaturas posteriores; integrándose en las Comisiones de Educación, Cultura y Asuntos Iberoamericanos.

Libros de poesía publicados: *Tránsito al mar*, *Mi corazón y el mar*, *Solo de hombre*, *Romancero de la muerte del Che Guevara*, *Cancionero/Sur*, *El corazón en la mano*, *A tus manos me entrego* y *Fuego graneado*. Ensayo: *La malafollá granaína*. Relatos inéditos: *Los fantasmas de Granada* y *La que me salió rana*.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON MANUEL VILLAR RASO

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores.

**C**REO que Pepe Ladrón de Guevara se llevaría un buen susto si después de lo que acabamos de oír yo lanzara desde este púlpito un discurso académico y erudito sobre el virtuosismo de su poesía y, sin embargo, oído lo que hemos oído, me veo en la obligación de intentarlo porque su obra me parece de una relevancia singular en sus dos vertientes más importantes; una de ellas sería e intelectual y otra popular, de apariencia menos seria. La primera, con “Versos al aire libre”, “Veleta al Sur” en colaboración con Rafael Guillén, y en libros como *Tránsito al mar*, *Mi corazón y el mar*, *Romancero de la muerte del Che Guevara*, *Solo de hombre*, *Cancionero/sur* y *El corazón en la mano*, de un virtuosismo métrico tan extraordinario que en él han bebido las generaciones posteriores. Si a ellos añadimos sus artículos diarios en el periódico *Patria*, continuados con idéntica altura en el periódico *Ideal*, su obra es de tal relevancia que sin ella Granada no sería la misma.

En nuestro ilustre y polifacético académico, además, existe una segunda faceta de muy difícil valoración en la que mezcla cancioncillas, letrillas satíricas, coplas flamencas y versos populares, entre las que hay que incluir su libro sobre la Malafollá, en la que Ladrón de Guevara parece haberse tirado al barro de una prosa y de una poesía viva, que tiene

como fin la inmediatez, la denuncia de la sociedad actual, sin complicaciones ni cursilerías y con un decidido marco de carácter local, político y provinciano.

Son dos vertientes, en definitiva, que hablan del autor más polifacético, tal vez, entre nosotros, si exceptuamos a Rafael Guillén y Paco Izquierdo, que igual pueden hacer este tipo de letrillas como escribir novela, pintar y grabar en el caso del segundo. Entre los innumerables ejemplos de esta segunda faceta de José G. Ladrón de Guevara está la campaña por la comarca granadina de Las Alpujarras, auspiciada con poemas suyos y dibujos de Cayetano Aníbal, en colaboración con la UNESCO, la Junta de Andalucía y las Universidades de Granada y de Almería. Uno de ellos, “Tu pueblo es tu planeta” dice así: “El niño de mi vecino/ El malvado Miguelín./ Por mearse en la piscina./ Subido en el trampolín./ Se le cayó la gurrina./ Y se quedó el Miguelito:/ Pitando, pero sin pito”.

Con el grupo, llamado “El Garrapato”, describe los males que vulneran nuestro entorno y hace acopio de moralejas para salvaguardar el medio ambiente, proclamando con tonos medievaescos y tintes ecológicos cantos didácticos y a la vez cómicos sobre la cultura medioambiental. “Tu pueblo es tu planeta” es un libro en el que se narra de manera amena y muy gráfica cómo es nuestro planeta: las plantas, los animales y los hombres que lo pueblan, el medio en el que viven y los peligros que lo amenazan. Posteriormente, un grupo de granadinos, el “Colectivo 220” elaboró una carpeta de grabados al aguafuerte y textos poéticos en los que se recrearon la filosofía de la campaña. Entre estos artistas, el ya citado Cayetano Aníbal, Brazam, García de Lomas y poetas como



Rafael Guillén, Ladrón de Guevara, Alfredo Egea, Enrique Morón, Luis García Montero y José Lupiáñez.

Si algo singular podemos decir de esta época sobre nuestro autor es que Ladrón de Guevara se ha inclinado por ser hijo de su época, por convertirse en maestro de la poesía sencilla y sin complicaciones, ajena a lo sentimental, pero con letrillas perfectas en las que prima el contenido y la protesta contra la vacía y anodina poesía intelectual. En ellas Ladrón de Guevara es un escéptico y un hombre en crisis permanente que rompe lanzas a favor de la menospreciada poesía menor, alzándose en su líder. De poder definir de alguna manera esta segunda faceta de Ladrón de Guevara, yo diría que es como una azotea abierta a todos los problemas y situaciones reales que se viven en su entorno y, de una manera más concreta, en su momento histórico, faceta que complementará con sus artículos periodísticos.

Escritor realista, siempre testimonial y polémico, personalmente me inclino por su primera etapa en la que habría que distinguir igualmente dos facetas: La poesía satírica, de humor granadino puro, seco, ingenioso y de un virtuosismo métrico impecable, como es *El corazón en la mano*, con poemas extraordinarios en los que se vive el aliento de César Vallejo, Neruda y Federico: “Me he perdido, contigo, tantas veces,/ buscándonos, a gritos, por ciudades/ donde nunca estuvimos, ni por sueños./ He viajado a lo largo de otras vidas,/ kilómetros de noches, desde el niño/ que a veces respondía por mi nombre,/ hasta alguna estación. Y tú no estabas”.

En la prensa, Ladrón de Guevara ha sido el columnista más veterano de la Andalucía Oriental y su columna “El Búho” no ha fallado un solo lunes desde que tengo memoria y tal vez antes. Por ella ha desfilado toda la sociedad granadina y su Búho, entre bromas y veras, ha sido y es el punto de referencia permanente. En él no sólo la polémica está servida sino que sin él Granada se sentiría fría.

Señoras y señores, tenemos ante nosotros un Intelectual de ley, un ácrata de una independencia tan inquebrantable que en ningún momento fue de un partido, a un hombre permanentemente cabreado con el Gobierno, el que sea, y al mismo tiempo con un sentido del humor envidiable, un hombre -buscad al hombre en la poesía, decía Pound, al hablar de los verdaderos poetas-, y como los mejores, Ladrón de Guevara ha roto por la calle de en medio y es de una honestidad fuera de toda duda. Escribe con el corazón y, según su estado de ánimo, su poesía es trágica o fácil de tomarse a broma, ya que bascula entre el desengaño y el amor. Escribir, para él, es opinar sobre el mundo y ajustar cuentas con la sociedad, abrir ventanas y puertas al misterio, cosa imposible por otra parte porque el misterio somos nosotros, y siempre en una huida permanente de la muerte. Ante nosotros un intelectual sano, sin el que Granada no sería la misma y todos nos sentiríamos sin referencias de altura y mucho más fríos. Porque, aunque como político es sospechoso, como hombre y como poeta nos ayuda a configurar los valores auténticos, que no son otros, siguiendo su ejemplo y argumentos, que la vida o el amor a la vida, que siempre merece la pena vivirla y disfrutarla, pero con sentido del humor y sin perder la ironía, incluso ante la siniestra presencia de la propia muerte.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 29 de enero del año 2004,  
CXXXVII aniversario del nacimiento  
de Vicente Blasco Ibáñez,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
la Ilma. Sra. Doña Amelina Correa Ramón,  
Bibliotecaria de la Academia.

Granada,  
MMIV





